

PROYECTO: ARCHIVO ORAL DEL SINDICALISMO SOCIALISTA

Entrevistador: Manuela Aroca Mohedano

Entrevistado: Belarmina Fernández Ordiz

Fecha de la entrevista: 27/04/2007

Lugar: Oviedo

Cinta nº 1

CAPITULO I: Vicente Fernández Iglesias, un líder carismático: República, Guerra Civil y primera postguerra (CINTA 1, min. 00'00'')

Me llamo Belarmina Fernández Orviz. Nací el 1 de enero de 1935 en San Martín del Rey Aurelio. Mi padre se llamaba Vicente Fernández Iglesias y mi madre Oliva Orviz Fernández. Los dos eran asturianos, del concejo de San Martín del Rey Aurelio.

Mi padre era minero y mi madre se dedicaba a sus labores, aunque trabajó unos cuantos años como dependienta en una mueblería de “La Preventiva”. Los dos tenían estudios primarios. Tenían inquietudes intelectuales, pero vivieron una época muy dura. Tenían formación ideológica. Los dos eran de izquierdas y afiliados al PSOE. No eran religiosos. Mi padre fue monaguillo hasta los quince años. Su familia y su madre, sobre todo, le inculcaron ideas religiosas. Pero cuando tenía 15 años, más o menos, empezó a tener sus propias ideas. Parece ser que la abuela siempre echaba la culpa a unos amigos que tenían en un pueblo, La Cabaña. Le habían pervertido al nieto.

Antes de la guerra, en aquella zona, además de ser mineros, los hombres trabajaban en el campo y no estaban mal económicamente. Pero el estallido de la guerra fue muy pronto. Mis padres se casaron muy jóvenes, durante la República, y nada más casarse estalló la revolución de 1934. A continuación vino la guerra y quedaron separados. Cuando terminó la guerra detuvieron a mi padre y estuvo en la cárcel.

No tuve más hermanos. A mis padres les gustaba leer, pero no tenían más aficiones. Mi padre tenía mucha relación con los sindicatos. Yo tengo un cuadro con una foto de Manuel Llaneza que fue el fundador del Sindicato Minero y que era el ídolo de mi padre. También Belarmino Tomás, etc.

Siempre les oí decir que vivieron la proclamación de la República con una ilusión tremenda, con una gran alegría y con muchas esperanzas. Mi padre colaboró a la llegada de la República con su trabajo.

Tengo documentos de mi padre en los que los vecinos que fueron a detenerlo le acusaron de asaltar el Banco de Oviedo durante la revolución de 1934 y de tener millones que invirtieron en propaganda. Mi padre siempre lo negó. Nunca admitió haber asaltado ningún banco, pero también pagó por eso cuando fue a la cárcel.

Mi padre participó en la revolución de 1934 pero no fue represaliado. También participó en la campaña para el triunfo del Frente Popular. Era muy joven pero ya le catalogaban como un líder. Entre cárcel y destierro estuvo nueve años fuera de casa. Y cuando volvió al pueblo no se quedó quieto. Desde la cárcel empezaron la reconstrucción. Por eso me enfada mucho cuando los comunistas dicen que los socialistas estuvieron parados. No es verdad. En las cárceles empezaron a reorganizarse. En la cárcel de Astorga – en los años 40 ó 41- ya tenían enlaces.

Yo conocí a mi padre en la cárcel de Astorga. Marchamos evacuadas mi madre y yo cuando yo tenía un año y medio. Estuvimos en Cataluña hasta que terminó la guerra. Cuando acabó la guerra, volvimos. Yo tenía cuatro años y medio y mi padre ya estaba en la cárcel. Primero fue a Oviedo, lo juzgaron y fue a un penal en Burgos y luego a Astorga. Allí le conocí yo. Fui con mi madre y con una hermana de mi padre. Yo tenía poco más de cinco años y recuerdo que estaban apuntándose para entrar. Había una cola, pero de repente cerraron la taquilla y mi madre dijo: “Y ahora, ¿qué?”. En aquella época, ir de Asturias a Astorga no era como ahora, teníamos pocos medios y cuando cerraron, dijo mi madre que ese día ya no lo podríamos ver. Pero una señora nos contó que volvían a abrir, que habían cerrado porque a aquella hora

sacaban a los muertos. Recuerdo que empezaron a salir cajas de muertos y mi madre y mi tía lloraban. Yo era una cría muy pequeñina pero ellas pensaban que alguno de los muertos podía ser mi padre, porque hasta que no se apuntaban no podían saberlo.

Por fin, entramos a ver a mi padre. [6'33" – 8'19] Ese día no, al día siguiente, me cogió un guardia. Yo conservo la visión de un sitio muy oscuro. Había una reja, un pasillo y después otra reja que era donde estaba mi padre. Él ya tenía sus contactos y me cogió un guardián en el cuello y me pasó para que me pudiera dar un beso. Yo estaba llorando porque tenía miedo. No conocía a mi padre porque tenía un año y medio cuando me fui. Me quedó grabado el recuerdo de mi padre agarrado a las rejas y cayéndole las lágrimas cuando me cogió.

Cuando ganó el Frente Popular debió de ser muy festivo. Celebraban el Primero de Mayo en Sotrondio con una concentración con las banderas y con sus camisas rojas. Aquel triunfo lo celebraron mucho. Nunca me hablaron del tiempo de antes del estallido de la guerra. Sólo una hermana de mi padre me contó que un poco antes de estallar la guerra, las estrellas estaban muy revueltas y que estaban asustados por aquella revolución que había en el firmamento. Yo me pregunto si era verdad. La guerra fue cruel, pero lo que vino después fue peor.

No me han contado cómo vivió mi familia el levantamiento. Mi padre fue a la guerra inmediatamente. Se fue como voluntario, como miliciano. No sé cómo lo hicieron, pero en cuanto estalló la guerra fue al frente, al Cristo de las Cadenas en Oviedo y a San Esteban de las Cruces, con el Batallón de Flórez. Mi padre cayó herido y fue bastante grave. Le faltaba parte del casco craneal en la frente y le latía esa zona constantemente. También le faltaba un dedo. Como la herida fue bastante grave, ya no pudo volver al frente. Se dedicó a estar en la retaguardia, en cosas auxiliares. Los que declararon en contra de él, decían que estaba inspeccionando y vigilando, pero a mí me han contado que estaba en la retaguardia para información y para extender pases, porque ya no podía estar en el frente.

Nosotras marchamos a Francia. Mi padre preparó la evacuación. Él llevaba ese tema también. Mi madre no quería, por lo visto. La mujer de otro compañero tampoco quería. Cuando estaban en Gijón para embarcar, se ponían a la cola y cuando se daban cuenta, se habían apartado de la cola porque no querían marchar. Pero fue mejor irse porque a mi madre no le esperaba nada bueno al detenerle a él.

Cuando acabó la guerra, en lugar de ir a presentarse, mi padre se tiró al monte con otros. Al atardecer bajaba a cenar a casa de mi abuelo y le tenían la comida preparada para llevársela a los que estaban escondidos con él. Una de esas noches que estaba allí, ya había cenado y estaba preparado para marchar. Llegaron y lo detuvieron en casa. Le puso las esposas un vecino de la puerta de casa.

Mi madre y yo fuimos evacuadas a finales de septiembre de 1936. Cuando se iba nuestro barco, salía otro del puerto con los críos que iban a Rusia que se marchaban con sus maestros. Nosotros íbamos en un mercante. Al salir de Gijón nos perseguía continuamente el *Cervera*. Eso no se me olvidará nunca. Decía mi madre que cuando estábamos en Gijón, yo llevaba una chaqueta muy mona que me había hecho ella, y un vestido. Vino una señora de Avilés y le dijo que “si nos toca para el mismo sitio, me tienes que enseñar a hacer esa chaqueta y ese vestido”. Pero cuando llegué a Francia ya no se sabía de qué color era el vestido. Fue una travesía horrorosa. El barco a toda máquina y todos vomitando, malísimos. Cuando llegamos a Francia nos bajaron y Sanidad nos atendió muy bien. Pero a los dos o tres días nos mandaron a Cataluña hasta que acabó la guerra. Estuvimos en Suria.

Cuando volvimos había muertos a montones y otros estaban en la cárcel. Mi padre ya estaba en la cárcel.

Sobrevivimos económicamente porque mi madre vivía con sus padres y los hermanos. Excepto uno que era un chavalín de 12 ó 13 años, estaban todos en la guerra. Paulino estaba en un batallón de trabajadores y Marino estaba en la mili, creo, ya lo habían reclutado. En casa estaba solamente Vicente que era el más pequeñín.

Me parece que nos enteramos de que estaba encarcelado cuando llegamos a Asturias. Al principio había mucho contacto, pero cuando cayó Cataluña debieron de perder el contacto. Parece ser que nos llevó ocho días llegar, en un tren que, cuando les parecía, aparcaban en una vía muerta. Cuando llegamos a La Hueria, abajo en la carretera, unos que eran del pueblo de mi madre habían bajado a vivir a La Hueria porque las tropas estaban continuamente por las casas y tenían miedo. Una de las que venía se enteró de que el marido estaba muerto. Uno que se llamaba Pepe se llevaba las manos a la cabeza y decía: “¡Ay, niñas, yo qué os digo ahora, qué os digo!”. A dos primas de él les habían matado el marido y ellas no lo sabían. Mi madre se enteró allí.

Cuando llegaron fueron a presentarse al cuartel y a fregar al cuartel. Una que venía de allí, que tenía un crío de mi edad –que es el que digo que no sé cómo pueden ser como son-, sabía que al marido lo habían matado en el cuartel y estuvo enterrado en un parque que había en el cuartel. A la otra hermana también le habían matado al marido y estaba enterrado en el monte. Ahí fueron bastante benévolos porque mi madre tenía que ir dos veces a la semana a fregar. Amparo, la que tenía el marido enterrado en el monte, también tenía que ir a fregar y pidió ir a hacer lo suyo y lo de su hermana y se lo consistieron.

Cuando fueron a detener a mi padre picaron la puerta. La cocina de mi abuelo tenía una ventana y otra a otro lado que daba a los prados. Mi padre miró a ver si se podía escapar por allí, pero vio una gorra de plato y le dijo a su padre que abriera la puerta porque la casa estaba rodeada.

Al terminar la guerra se había tirado al monte y después lo detuvieron. Lo procesaron en 1938. Conservo los papeles, lo acusaron de adhesión a la rebelión y lo trataron como al mayor asesino del mundo. Le inculparon de haber tirado una bomba en la iglesia del pueblo, y daba la casualidad de que el día que estalló la bomba, su abuela que era tan religiosa –la madre había muerto cuando él era un chaval de unos 20 años y se quedaron con la abuela- cuando oyó la bomba, él estaba en la cama, le llamó. Él preguntó: “¿Qué pasa, abuela,

qué pasa? De esa bomba fue juzgado y también por la muerte de un cura que murió por la zona de San Esteban. Mi padre había tenido con él discusiones antes de la guerra. Yo había oído contar de ese cura que era muy chulo. Se llamaba don César. Cuando subía a decir misa desde El Entrego a La Hueria, decía que los chavales se metían con él. La Hueria era muy roja. El cura párroco de Cocallín, que era filial de El Entrego, subía y con él no se metía nadie. Cuando bajaba decía a su compañero: “Si conmigo no se mete nadie, ¿no será que tú vas provocando?” Por lo visto, había tenido discusiones con mi padre. Le achacaron la muerte de César.

Al penal de Astorga íbamos en el tren hasta León. Nos quedamos en León y desde allí cogimos otro tren hacia Astorga. Mi madre, al ver que los presos morían de hambre, encontró trabajo en una fonda por mediación de una señora que se había casado en Astorga, que era de Sama y pararon en su casa cuando fueron a ver a mi padre. En la plaza Santo ¿Cirios?, la señora Martínez era la dueña. Mi madre buscó trabajo para darle la comida a mi padre. Vino acá a traernos a mi tía y a mí y ella preparó sus cosas y volvió a Astorga. Estuvo allí hasta que mi padre salió de la cárcel. Siempre dijo mi padre que le debía la vida a mi madre. Igual que habían muerto miles y miles, podía haberlo hecho él. Yo hablé con un señor el otro día, en León, y le dije que indagaran dónde estaban enterrados, porque el día que yo conocí a mi padre salieron catorce cajas. Pero el día que menos salían –mi madre lo sabía muy bien- eran ocho, siempre de ahí para arriba. Morían de hambre.

Mi padre estuvo dando clases en la cárcel porque había mucho analfabeto. Yo conservo fotos de él dando clases. Estuvo enfermo y como lo consideraban un poco por dar clases, no estuvo en la celda general. Le dieron permiso a mi madre para que entrase a verlo. El guardián la llevó por la general. Mi madre contaba que estaban tirados en el suelo, tapados con una manta y cuando ella pasaba volvían los ojos y miraban moribundos. Llegó donde estaba mi padre que estaba un poco mejor, en otra enfermería y mi padre le dijo: “Es un canalla (el guardián) te trajo por ahí para que vieras cómo es eso y para que sufieras”.

No me acuerdo de la fecha exacta en que mi padre salió de la cárcel porque después de salir de Astorga fue a trabajar a las minas del Fondón en Sama, a redimir. Yo iba a verlo allí casi todos los domingos. Allí se casaron por la iglesia porque les obligaron. Me acuerdo que se casaron siete matrimonios que ya estaban casados por lo civil y como no era considerado matrimonio, les obligaron a casarse por la Iglesia. En El Fondón tenían enlaces, se comunicaban con los fugados que estaban por el monte. Mi padre quedó libre a finales de 1946. Desde El Fondón le mandaron desterrado a Lérida. Estuvo trabajando en unas minas en Corsá y no sé cuánto tiempo estuvo allí. Allí solicitó el indulto y se lo concedieron. Volvió para Asturias definitivamente.

Ya el PSOE funcionaba clandestinamente, así que a mí que no me vengán a decir que no. Funcionaban desde el primer momento. Cuando salió de la cárcel fue a trabajar a la mina de la Encarnación. Con el problema que tenía en la frente era muy peligroso. Pero otra cosa no tenía y fue a la mina. Traspasaban una tienda en La Hueria y lo animaron entre amigos y mi abuela. Le prestaron dinero y cogieron aquel traspaso. Allí estuvieron trabajando.

Conocía a un hombre que había estado preso y era de Carbayín—ya murió—, que era comunista y a pesar de ello eran muy amigos. Se llamaba Ignacio y era cobrador de seguros La Preventiva. Metió a mi padre de cobrador. La Preventiva, Santa Lucía, etcétera, cogieron a esta gente a la que no les daba trabajo nadie. Pero lo hacían porque les beneficiaba: conocían a muchísima gente. Mi padre hizo todas las pólizas del valle de La Hueria que era enorme. Yo tengo un compañero en la ejecutiva que cobra La Previsora y había otro compañero que ya murió y era de Gijón, y cuando estaba mirando las fichas —ya aquí, en Pensionistas— yo los conocía a todos. Un día me mira mi compañero y me pregunta: “Pero, bueno, ¿tú conoces a La Hueria entera? Yo le contesté que prácticamente los conocía a todos. Yo pateé todo aquello. Otro día uno le preguntaba al otro: “¿Tienes muchos socios por allí arriba?” y el otro le contestó: “Tengo algunos, pero no muchos porque ésta lo dejó temblando”. Era gente muy afín. Yo dejé aquello hace treinta y un años y todavía cuando

subo por allí me reconocen como Belarmina la de La Preventiva y me dicen “Yo estoy asegurada a lo tuyo”. Esto es por mi padre que era líder allí.

Estando yo, no hace mucho, en la tumba de mi padre que es la segunda, según se entra al cementerio, llegó un chaval que tendría unos 60 años (a mi lado es un chaval). Se quedó mirando la foto de mi padre en la tumba y dijo: “Vicente, Vicente, tú me afiliaste al partido siendo yo casi un crío”.

Mi padre fue detenido otra vez. El comisario Ramos, que era el mayor asesino que hubo, cada vez que lo detenía le decía que lo tenía que detener porque le llegaban unas denuncias tremendas. Pero si sólo hubiera sido detener... Martirizaba a la gente ese sinvergüenza. Él le llegó a decir a mi padre que se marchara. Mi padre se negó siempre.

En 1958 estuvo otra vez detenido y estuvo nueve meses en Carabanchel. A finales del 60 fue detenido otra vez. La huelga de 1962 no le tocó porque murió en el 61. Los demás decían que Vicente hubiera sido el primero que hubiera entrado. En cuanto había una revuelta ya lo enganchaban. Claro, él no estaba quieto, no lo metían en la cárcel por nada: estaba movilizado continuamente. Cuando cayeron en el 58, hubo una redada enorme en toda España y cayeron sesenta y tantos. Nueve eran de Asturias, y cómo no, él entre ellos. Fue porque cayó el enlace que era Antonio Amat y cayó con todo.

A Rufino Montes que era un compañero y amigo fueron a detenerlo en 1958, no recuerdo muy bien cuándo, pero debía de ser febrero. Se escapó. Tuvo la grandísima suerte de que en su casa vivían muchos hombres: tenía un hijo, un yerno, un hermano y un posadero. Eran cinco hombres. En aquel jaleo que había cuando estaban registrando la casa, Rufino preguntó si podía ir al baño a un guardia. Bastante sabía el guardia que aquel era Rufino. Entró al baño que tenía una ventana que daba a un prado y saltó. En torno a la una de la madrugada, pica mi puerta un vecino que estaba celebrando el bautizo de un crío. Mi padre se levantó y abrió. El vecino estaba nerviosísimo y le dijo a mi padre: “Vicente, que está allí Rufo y dice que vayas para allá”. Daba la casualidad de que el padre del que bautizó al niño se llamaba Rufo. Mi padre le

decía que no iba a ir hasta allí, pero el otro compañero le insistía. Mi padre le decía que ya se iba a acostar –aunque era tarde no se había acostado porque se quedaba leyendo- y que le dijera a Rufo que ya se verían mañana. El otro le explicó que no era ese Rufo, que era Rufino Montes que venía escapado de la policía porque habían ido a detenerlo.

Rufino había bajado por el río porque tenía miedo de encontrar guardias por la carretera. Nuestra casa daba a la parte de atrás del río y la puerta del otro compañero daba también allí. Le dijo mi padre que viniera a casa. Nosotros teníamos la multicopista en casa. Venía para avisar y llevarse la multicopista. Se fueron los dos con la multicopista por un monte, cruzaron otro río y fueron a llevarla a otra casa. Rufino estuvo escondido hasta que –creo que debió de ser en junio- lo pasaron a Francia y luego a México. Mi padre fue a despedirse de él y cuando llegó a casa dijo que creía que ya no vería más a Rufino porque iría a México desde Francia. Así fue. Se marchó a principios de verano y en noviembre de 1958 se hizo la gran redada.

Yo no sé si es que los dejaron confiarse, pero cuando entraron en mi casa, lo primero que hicieron fue poner las esposas a mi padre. Había escapado Rufo, pero otro no escapaba. Cachearon la casa entera, mirando las cajas, todo. Mi padre le pregunto: ¿Qué buscan ahí?” y le contestaron: “Una pistola”. Mi padre les dijo: “No, pues una pistola aquí no la hay porque yo no necesito pistolas para defender mis ideas”. Ya se iban a marchar, pero hay veces que está uno tonto, porque yo sabía de sobra dónde estaba la propaganda que estaba preparada para tirar a los dos días y que se había hecho en aquella multicopista. Pero como estaba tan azotada no me di cuenta. Ahora pienso que yo podía haber quitado la propaganda.

Ya se marchaban, pero uno de ellos, un policía, tiró por aquel cajón y salió toda la propaganda. Mi padre tenía una mesa y una biblioteca y no quedó un libro sin mirar. Todo lo que les interesaba era de ideas socialistas. Llegaron con ellos a la cocina, donde tenían a mi padre, diciendo: “Aquí no hay más que socialismo”. Mi padre les contestó: “¿Qué quieren encontrar aquí? En casa de

un socialista encontrarán sólo cosas del socialismo". Mi padre no se callaba. Nunca negó sus ideas.

Se fueron con él y a los tres días picaron otra vez. A los de Oviedo los llevaron a Sama. Cuando llegó mi padre y vio a los de Oviedo allí, ya se dio cuenta de que la redada era muy gorda. Le preguntaron por la multicopista y mi padre tuvo que dar la dirección del compañero. Le detuvieron también. Nosotros teníamos una máquina de escribir y también se comprobó que se había escrito con ella. El compañero se llamaba Vicente y mi padre tuvo siempre angustia porque había tenido que delatarlo. Recuerdo que en aquellos meses empecé a cobrar La Preventiva y yo veía a los padres del otro Vicente y siempre me decía el padre: "Tu padre que no esté preocupado. Él tampoco puso una pistola en el pecho a mi hijo para que se metiera en esos berenjenales". Pero mi padre tenía esa angustia.

Estuvieron un poco más de un mes en Oviedo y luego fueron a Carabanchel todos. Mi padre estuvo nueve meses. A finales del 60, en septiembre, volvió a estar detenido. Pero esa vez no pasó a la cárcel, fue sólo a comisaría, pero llegó a casa deshecho porque le torturaron. Estuvo ocho días allí. Fue otra redada. También cayeron muchos. En ésa debieron de caer Herminio Álvarez, uno de Mieres que no recuerdo cómo se llama y Avelino Pérez.

Avelino Pérez estuvo preso. Luego estaba en el Pozo Venturo y en la huelga de 1962 fueron a detenerle en el parque de Sama. No le pusieron esposas. Hizo un movimiento y tiró a los dos guardias. Él se lanzó al río. Al día siguiente, a las siete de la mañana llegó el hijo de un compañero. Mi padre había muerto hacía un año. Nos dijo que no sabía si Avelino había muerto porque había habido tiroteo. La huelga era impresionante. En La Hueria siempre hubo un destacamento de la Guardia Civil, pero hacía dos o tres años que lo habían quitado. En la huelga del 62 volvieron a llevar otra vez allí a la Guardia Civil.

Al día siguiente de la fuga de Avelino, hacía un día de sol estupendo. Llevábamos todo el día muy preocupados: "¿Dónde estará Avelino? ¿Lo

habrán matado?” Mari estaba embarazada de la cría de la que yo sería su madrina. A las ocho de la tarde veo una sombra. Yo estaba sentada, cosiendo. Era Avelino. Venía con gafas y cojeaba un poco. Abrí la puerta y entró. Estaba yo sola porque mi madre no se dónde había ido. Empezó a llorar y me dijo que llevaba toda la tarde escondido detrás de una mata y cada vez que yo pasaba me hacía señas. No se atrevía a pasar porque tenía que cruzar la carretera y lo podía ver la Guardia Civil. Al lado de casa había un taller de coches, y lo llevaba el yerno de Rufino Montes, el que se había marchado. Después llegó mi madre. Le preparé la comida a Avelino y mi madre marchó a buscar a un compañero para que se lo llevase.

Al poco de marcharse mi madre, pican en el mostrador. Era el yerno de Rufino y me preguntó: “Ése que está ahí, ¿no es Avelino Pérez?”. Iba con gafas oscuras pero le reconocieron. Dijo el yerno de Rufino: “Que no duerma aquí porque los que estaban ahí delante lo conocieron todos. No creo que lo vayan a delatar, pero por si acaso”. Avelino trabajaba en el Venturo y lo conocían todos. Yo le expliqué al yerno de Rufino que mi madre había salido ya a buscar a alguien que lo sacara en cuanto oscureciera. Estuvo escondido hasta agosto en un pueblo que se llama Las Flechosas. Después pasó a Francia.

Cuando nació su hija fuimos sus padrinos. Tres o cuatro días antes de detenerle me había dicho que cuando naciera el bebé que esperaba Mari, “quiero que vayas tú de madrina. Si no hubiera muerto tu padre, iban tu padre y tu madre. Quiero que vayáis tú y Óscar”. Óscar era un primo mío. Acepté. Fuimos a bautizar a la cría en la iglesia de Sama, porque la mujer estaba en Sama en casa de la madre. Iba Herminio Álvarez con nosotros. Luego fuimos a tomar sidra a casa del Triste. Nosotros estábamos sentados aquí, y la policía secreta allí, vigilante. Decía Herminio: “Anda, que cuando venga Avelino y se entere que fuisteis a bautizar a la guaja, buena os espera”. Después de marcharnos comentamos que eran tontos. “¿Qué se pensarían, que se iba a presentar Avelino allí?”

Mi padre murió de un infarto. Cuando estaba en Carabanchel tuvo una angina de pecho. Vino para llevar una vida tranquila, pero él no hizo vida más tranquila, siguió con sus asuntos. Era su vida, era su idea.

En septiembre lo detuvieron y aquello fue una tortura. Celebró el primero de mayo de 1961 como lo celebraba él: se marchó a un pueblo donde se reunían y cenaban, cantaban la internacional y celebraban a su manera. El día 2 murió de repente. Fue toda una odisea porque queríamos enterrarlo por lo civil y no hubo forma posible. Vinieron a Oviedo, estuvieron con el obispo, con el gobernador civil. El más dañino era el cura que vivía encima de nosotros. Sabía de sobra cómo pensaba mi padre porque mi padre hablaba mucho con todos ellos. Más de una vez vi al cura dar media vuelta y decir: “Marcho, Vicente porque me vas a convencer tú a mí”. El cura alegó que en ese momento nadie sabía cómo pensaba mi padre. ¿Cómo que no, si murió con sus ideas? Ya se le pedía por favor que le hiciera el funeral al día siguiente para que no le metiera en la iglesia, por lo menos. Nosotros dábamos palabra de que le íbamos a decir el funeral. Pues, no.

Entonces ponían tres curas en los funerales. Había muerto un chaval muy católico en El Entrego. Los tres curas los emplearon en el funeral de mi padre y dejaron el del chaval para el día siguiente y el de mi padre tuvo que ser a cuerpo presente, pero ni mis tíos ni sus compañeros entraron en la iglesia. No se ocultaban. Estaba lleno de policía.

Un poco más abajo vivía un confidente de la Guardia Civil que tenía una tienda y bar. Allí estaba la policía tomando sidra. Nosotras –ni mi madre ni yo– no fuimos porque la familia directa no iba al funeral. Y menos nosotros, no íbamos a entrar en la iglesia. Cuando los hermanos de mi madre y los cuñados de él estaban allí las puertas estaban de la iglesia –que tiene tres puertas– estaban abiertas. El cura no empezaba la misa porque decía: “Que pasen los familiares a ocupar los bancos del duelo”. Lo repitió varias veces y entonces mi tío Paulino, con las manos atrás, le dio dos pasadas por delante de las puerta para que viera que estaba allí pero que no iban a entrar. Mi primo Óscar, el que fue padrino de la cría de Avelino estaba llorando y cuando llegaron del entierro

una cuñada de mi tía dijo que no le habían dejado entrar en la iglesia y lloraba por ello. Mi tía, la hermana de mi padre, era muy temperamental. Cuando bajó el marido le preguntó por qué no dejó entrar a Óscar a la iglesia. Mi primo dijo que no había entrado porque no había querido. “Si estaba llorando es porque vi que mi tío, después de muerto, iba rodeado de policía”. ¿Cómo iba a entrar en la iglesia, si se estaba luchando por no meterlo?

Vino un artículo en un periódico de Francia. Yo se lo dejé a alguien para que lo leyera y no me devolvió. Decía: “No pudieron con él en vida y le metieron después de muerto en la iglesia. ¡Vaya triunfo tan grande!” Después de muerto te meten dónde sea. Cuando mi madre murió fue por lo civil, mi hijo fue por lo civil y yo lo tengo muy dicho. No sé si no lo dejaré escrito en un testamento porque no te puedes fiar de nadie. Yo tengo una carta de un señor que murió, que por cierto nombran en un papel que tengo ahí. Vivía en El Entrego y me pidió que guardara una carta y me dijo: “Si me muero, tengo que enterrarme por lo civil. Mi mujer ya lo sabe y confío en ella, pero ahí te queda esa carta. Otra la tiene Emilio Barbón”. No hizo falta usarla, le enterraron por lo civil.

CAPITULO II: Vida cotidiana y primeras incursiones en la clandestinidad (CINTA 1, min. 50'44'')

Nosotros vivíamos en una casa alquilada. Primero vivíamos en casa de mi abuela pero después fuimos a una alquilada. A los dos o tres años de morir mi padre, compramos en El Entrego un bajo y un piso que nos costó mucho pagarlo y mi abuelo decía: “¡Ay, dios, cómo se meten esas rapaciñas en eso – se refería a mi madre y a mí—No sé cómo van a poder pagarlo”. Pero lo pagamos, trabajamos las dos y lo pagamos

En el bajo que ocupamos puso la mueblería La Preventiva y colocó a mi madre. Los cobradores no estaban asegurados pero yo le dije que asegurara a mi madre. A mi madre le faltaba muy poco para jubilarse. Murió de una trombosis.

El maestro primero que tuvimos, aunque decían todos que estaba mal de la cabeza, yo no creo que estuviera mal. Era un hombre represaliado. Con el tiempo te vas dando cuenta de las cosas. Yo iba muy temprano al colegio, era una escuela que había sido una oficina de monte. Un día llegué y hacía mucho frío y había prendido una estufa de leña de carbón para que cuando llegaran los críos estuviera caliente. Tan malo no era. Yo estaba en la puerta esperando y me cogió del cuello y me sentó en las rodillas. Me empezó a preguntar por mi padre que aún estaba en Astorga. Cada vez que podía me preguntaba por mi padre. Cuando eres pequeño no te das cuenta pero luego empecé a pensar. Hubo mucho represaliado y aquel hombre tenía sus ideas.

Después tuvimos otro que era muy buen maestro. Enseñaba muy bien, muy bien. En aquella época había temporadas en las que sin más, cerraban la escuela y nos tenían que mandar donde quisieran porque todas las escuelas estaban bastante llenas. Había que bajar monte abajo. Había una escuela en La Hueria. A veces había que bajar a la Hueria y después subir a Cocallín, donde te pudiesen coger. Ellos siempre se preocupaban de que los críos fuéramos a la escuela.

Mi madre decidió mandarme a El Entrego. Hay cuatro kilómetros de carretera, más otra media hora de bajar al pueblo. Y yo bajaba caminando cuatro kilómetros más lo que había hasta llegar arriba. Llevaba la comida en una cestita y las monjas me la calentaban porque no nos podían dejar sin escuela.

Mi tío Vicente, que murió hace dos años, leía muy bien. Iba con nuestro maestro a la escuela de noche y mi maestro le decía: "Vicente, tu sobrina lee muy bien y se parece mucho leyendo a ti. Tiene una entonación buena". Fui al colegio de monjas. Pasó el tiempo y vino aquel maestro de visita por el pueblo. Como era muy cariñoso y era un verdadero maestro cuando me oyó leer casi le caían las lágrimas "Pero, ¿qué hicieron contigo? Si no lees, tú estás cantando. Es lo que te metieron las monjas en la cabeza". Menos mal que no nos metieron las ideas.

Jugábamos al escondite, al “Pío Campo”, a “Tres marinos a la mar”, con crías y críos. No teníamos juguetes pero teníamos una imaginación tremenda. Los carrascos eran vacas y un higo con cuatro palos, era una vaca también.

Tenía una muñeca como oro en paño. También me trajo un muñeco mi tío Marino una vez que fue a ver a mi padre a Astorga y lo tenía mi madre comprado para mí.

CINTA Nº 2

Nosotros hacíamos muñecas con un palo así, otro así, y luego un vestido. Yo tenía una imaginación tremenda. Siempre me gustó muchísimo el mar. Desde la casa de mi abuela, que estaba en alto, se veían unos prados. Yo iba todos los veranos ocho días con mi abuela en Gijón. Cuando volvía a Brañiella y la hierba ya estaba muy alta, a punto para segar, yo desde arriba miraba y cómo sería mi imaginación, que yo veía el mar.

A mí me gustaba mucho leer. Leía todo lo que pillaba. Leí mucho hasta que murió mi hijo, que tenía 26 años. Murió en un accidente de coche. Cuando murió, yo creía que era muy fuerte y podía con todo, pero no era así. Me ponía a leer. Igual llevaba un montón de hojas y no sabía qué había leído. Llegó un momento en que odié la lectura porque no retenía. Con el tiempo volví a leer otra vez. Ahora compro libros pero no sé para qué porque estoy siempre ocupada. Yo decía: “Cuando me jubile, voy a hacer esto y lo otro”. Pero tengo una vida muy activa. Yo no contaba con estar en la ejecutiva de pensionistas ni por lo más remoto.

Cuando me jubilé pasé por la UGT y como pagábamos por nómina, dejé mi cuenta del banco y mi autorización para pagar la cuota. Pasaron unos meses y me invitaron al congreso de pensionistas que se celebraba en Gijón. Estuve allí como invitada por la mañana y, ese mismo día por la tarde, como también estaba muy metida en el partido, teníamos una asamblea aquí en Oviedo. Era muy importante porque se votaba la gestión. Había un follón enorme entre los militantes y había que estar. Yo fui a la inauguración y a

comer con todos, pero dije por la mañana que a las cinco tenía que marcharme a Oviedo a una reunión del partido. A las nueve de la noche, cuando estábamos en la asamblea, baja la secretaria y me dice que me llaman al teléfono. Yo me llevé un susto tremendo, pensé que había pasado algo. Aunque no tengo hermanos, tengo tíos, tengo primos y estamos muy unidos. Es una familia como una piña. Yo había salido a las ocho de la mañana y no había dicho dónde iba. Subí por la escalera. Era el secretario de pensionistas. Me dijo que estaba propuesta para la ejecutiva. Le dije que no. Iba a haber unas elecciones en el partido y había que trabajar duro. Le dije que tenía mucho trabajo en el partido. Seguí negándome pero discutimos y me dijo: “Oye una cosa, cuando se está en una organización y la organización te necesita, tienes que estar ahí. ¿Tú que te crees, que los demás no vamos a hacer campaña para el partido?”. Le dije que sí. No me quedó más remedio. Yo pensé, total, los pensionistas ¿qué van a hacer? Esto va a ser un paripé, pero después me di cuenta. ¡Menuda movida, menudo trabajo! Toda la Ley de la Dependencia nos la hemos currado los pensionistas de la UGT. Ahora que no vengan otros presumiendo, que fuimos los pensionistas de UGT los que curramos, con unas jornadas exhaustivas. Pero se ven los resultados: ahí está la ley.

Mi primer trabajo –nunca me acuerdo de él- fue en una peluquería. Abrí peluquería en vida de mi padre. Pero yo tengo un problema porque tengo la piel muy delicada. Hoy las cosas ya son un poco más fáciles, pero entonces los líquidos abrasaban. Tenía las manos abrasadas, era tremendo. Yo estaba todos los días en el médico y él me dijo que tenía que dejar ese trabajo porque tenía las manos destrozadas. Lo dejé.

Cogí lo de La Preventiva. Después de un montón de años por allí cobrando, compré una máquina de tejer y me dediqué a tejer. Yo tengo que decir que tuve suerte. Tuve que trabajar muchísimo pero en todo lo que hice me respondió la gente. Cuando compré la máquina me desbordó el trabajo y tuve que meter gente conmigo a coser. No sé si fue porque era tan conocida. Yo llego al valle de La Hueria que es grande y todo el mundo me conoce, con

los años que hace que yo no estoy por allí. Hasta chavales jóvenes, por oídas. A veces estoy por allí y me reconocen. En medio de todo me queda el consuelo de ver que el pueblo respondió.

Me acuerdo cuando metieron a mi padre preso. Yo iba cobrando los recibos. Era una época mala, la gente se defendía mal, no había dinero. Todos me daban el dinero, lo tenían preparado, porque algunos habían dado 10 pesetas, otros cinco, para ayudar a los que estaban presos.

Cuando mi padre murió, el cura a los diez o veinte días puso en la hoja parroquial un anuncio: "Misa de Vicente Fernández Iglesias, de un amigo". Un ahijado y primo de mi padre fue a hablar con el cura para que hiciera el favor de decirle qué amigo de Vicente había pagado esa misa. Le dijo: "Esa misa la puso usted para enfrentar a los amigos de mi padrino, pero mi padrino no quería misas y los amigos de mi padrino no le pagan misas, le daban un duro cuando estaba en la cárcel". La gente tenía muy asimilado quién era mi padre.

Me planteé desde el principio la condición de la mujer, aunque eran otros tiempos. Quería involucrar a las mujeres. La mujer tenía que estar donde tenía que estar.

Al caer mi padre en la redada del 58 empecé a involucrarme más en política, sin carné. En el 58 entré en acción. Un compañero se había escapado. Uno de Oviedo trabajaba en la fábrica de armas en Trubia. Era Peláez. Se escapó de la redada porque vino uno y le dijo que acababa de entrar la policía secreta en la oficina. Salió por otra puerta y se escapó. Estuvo escondido por Trubia. Los de la cuenca, que estaban muy organizados, se arreglaron para venir hasta Trubia con un taxista de Oviedo y llevar a Peláez a casa de mi abuelo que ya vivía en El Entrego porque pensaron que lo último que se le podía ocurrir a la policía es que fuéramos a meterlo en casa de Marcelo. Estuvo escondido allí. Tenía novia, estaba a punto de casarse y la novia estaba embarazada. Había que venir a hablar con él a Oviedo porque él no llegó a pasar a Carabanchel. Cuando estaba todo solucionado, lo presentaron y estaba aquí en la cárcel. Había que contactar con él por temas de abogados y había que venir a dar dinero a la novia. El primer apellido era Peláez, pero el

segundo era Fernández y podía ser mi primo. Vine yo a la cárcel. Me dijeron que la que mejor podía venir era yo por el apellido.

Vine y hablé con él del tema que me habían mandado los de Carabanchel. Fui al barrio de las Ventanielles porque al lado de la cárcel no podía darle el dinero. Fui hasta la casa de una hermana de Peláez y allí le di el dinero que había reunido para ella. Allí ya empecé yo, en el 58. En mi casa había reuniones clandestinas. Mi padre se quedaba hasta las tantas de la mañana. Yo siempre fui muy inquieta. Creían que yo estaba dormida, pero estaba enterándome de todo. Siempre danzando, con el oído puesto. Escuchábamos *La Pirenaica*, *Radio París*, *Radio Londres* que a veces funcionaba tan mal que mi padre daba puñetazos a la radio porque cuando más interesante estaba *Radio París*, se cortaba. Yo creo que eran interferencias.

En la huelga de 1962 cayó otra multicopista y hubo unos cuantos detenidos. Uno escondió en una vara de hierba la multicopista. Y otro, no sé cómo lo hizo, los llevó a la multicopista. No había manera de dar la propaganda y la huelga estaba en su apogeo. Un compañero que se llamaba Marín –que esta ahora en el hospital porque perdió la cabeza- vino y pensamos qué hacer. Mi madre tenía un ahijado en Astorga que se llamaba Lorenzo y tenía una imprenta. Siempre había que tener coartada. Mi tío, que vivía en El Entrego y luego aquí, tenía coche. Mi tía siempre estaba mala, si no tenía una cosa tenía otra y pensó que podríamos ir a un curandero que había en La Bañeza como coartada. Llegó y en el calcetín traía el texto. Marchamos a Astorga. Cogimos fonda en La Bañeza que era la coartada y después fuimos a Astorga y conectamos con él. Entonces no había teléfono ni nada. Costó convencerlo. Ya estaba casado. No había manera, pero al final aceptó. Se quedó con el panfleto y dijo que al día siguiente fuéramos a recogerlo a las seis de la mañana. Fuimos a dormir a La Bañeza y mi tío y mi tía fueron al curandero. Yo cogí un taxi para Astorga, para ir a buscar la propaganda. Cuando llegué, me encontré con que Lorenzo no lo había hecho. Lo había comentado con la mujer y le había dicho que ni hablar porque si caía, caía la imprenta. Yo volví a suplicarle

otra vez: “Lorenzo, por favor, que no tenemos con qué tirar esta propaganda, hombre”. No hubo manera. Otro taxi, y para La Bañeza, sin nada.

Cuando llegaron mi tía y mi tío del curandero me preguntaron y les dije que no nos lo hacía porque había dicho la mujer que no y no hubo manera de convencerlo. Mi tío, que era machista, empezó a decir: “Estos hombres, ni son hombres ni son nada, porque una mujer los domina. Primero que me domine a mí una mujer...” Mi tía se callaba porque con lo machista que era se tenía que callar. Y vinimos sin nada. Fue una decepción muy grande. Ahí empecé a involucrarme mucho más.

Mi padre y sus compañeros tenían mucha relación con Toulouse, todo a base de enlaces que iban y venían. Había una señora que se llamaba Otilia y de la que nadie se acuerda. Tenía un puesto en el mercado en Sama. El marido había estado por el monte y en el 58 estuvo preso en Carabanchel con mi padre. En el puesto de ella se cambiaban la documentación. Iban a comprar y llevaban cosas y otro venía y lo cogía. De Francia también venían. Cuando vino el libro *Asturias y sus hombres*, el primero que llegó fue, por medio de un enlace, a la plaza de Otilia. Mi madre bajaba a Sama a la plaza y le llevaba lo que le daba mi padre. Luego, otro lo recogía. Siempre hubo relación con el exilio.

CAPITULO III: Los sindicatos ante la Transición (CINTA 2 – min. 17’34’)

CC.OO. nació de la mano de la Iglesia. En Asturias fue en La Camocha donde se dio a conocer. En el hospital nosotros tuvimos una guerra continua. Yo lo pienso ahora, a veces, y no me extraña porque ellos creían que tenían el terreno abonado y que iban a ser los amos en el hospital y de repente se encontraron con que llegó la UGT. La guerra en el hospital fue tremenda. Nosotros llegamos a encerrarnos en huelga de hambre, en 1988 más o menos. Pedro de Silva era el presidente del Principado y tuvimos un lío muy grande. Nos encerramos porque CC.OO. nos vendió. Estaban negociando el convenio y los vigilantes jurados pillaron a uno del comité de empresa, de CC.OO. con el coche lleno de material que había robado. Ya lo estaban siguiendo y se sabía.

Cayó. Era muy destacado y hubo mucho follón. Hubo un expediente que se dio a conocer al comité. Con este jaleo, llega junio. Nosotros parábamos el convenio en junio porque la gente se iba de vacaciones. Se reanudaba a primeros de octubre. El último día que tuvimos reunión de comité, cuando fuimos para nuestro despacho ya anuncié yo que cuando volviéramos a reanudar la negociación, CC.OO. nos vendería. Eran todos mucho más jóvenes que yo. Yo parecía su madre y decían: “Ya está Belarmina”. Yo les dije que ya lo verían, nos iban a vender por lo de Félix. “Mirad, esto es una balanza: aquí está nuestro convenio y aquí, el expediente de Félix. Ya veréis en septiembre”. Efectivamente, en septiembre CC.OO. nos había vendido. Aquello fue tan gordo que llegamos a encerrarnos en huelga de hambre cuatro días porque no había manera de movilizar a la gente y se iba todo al garete. Yo recuerdo que estaba en turno de tarde y no estaba en la comisión negociadora. Yo había quedado con los compañeros en que si la cosa se ponía fea y rompía, nos íbamos a quedar encerrados. A las seis y pico fui al bar, con la media hora que me correspondía. Cuando salí del hospital para cruzar, venían por otra acera el gerente y el jefe de personal y me dijeron: “Adiós, Belarmina”. Yo, por la chulería con la que lo dijeron, pensé: rompió. Ya los vi a los compañeros preparando pancartas como locos. Propusimos quedarnos. Hacia las ocho, cuando volvía a la planta advertí que nos encerrábamos. Empezaron a llorar los compañeros para que no me quedara. Yo dije que yo venía preparada como ellos. Salíamos a las 10 de la noche y a las 9,30 la supervisora me dijo que me vistiera y me fuera al cuarto con los compañeros. Cuando llegué, a las 10, oímos unos aplausos tremendos y estaba allí el turno entero que salía. El cura, que era un paisano ya mayor decía: “Pero, niños, ¿qué vais a hacer allí?”. Trajeron mantas y de todo. Era el mes de octubre bastante avanzado. Personal estaba en otro piso. Estaban también los de informática y el de informática bajaba la cabeza. Era el año 1988. Así arrancó la huelga del Hospital General de Oviedo que fue una huelga movida. Conseguimos lo que queríamos. Bueno, nunca consigues todo lo que quieres, pero parte, sí. Fue una guerra horrible con CC.OO.

UGT y CNT no se llevaban mal, CNT es otra cosa.

En los años 60-70 todos andábamos muy clandestinos y callados, pero siempre hubo guerra con el PCE. Siempre fue enemigo del PSOE. A mi padre en el frente de San Esteban no le mataron unos comunistas por la espalda porque mi tío Paulino los oyó hablar. Y sólo por aquellas rencillas que había, por la enemistad política. Yo no comulgo con ellos y eso siempre lo tuve ahí.

Tino Areces es comunista y cuando llegó al PSOE se presentó como alcalde de Gijón. Lo hizo muy bien, cada cosa en su sitio, pero en aquel momento desbancaron a un compañero socialista, Palacios, que estaba muy ligado a nosotros en el hospital porque nos había echado muchos cables a los de UGT. Le hicieron la cama a él porque entró Tino Areces, y con él un montón de comunistas de los que se habían escindido en Perlora. Cuando vino Felipe González al mitin donde se presentaba yo estaba aplaudiendo como una loca todo lo que decía, pero cuando subió Tino Areces, yo fui incapaz. Estaba una prima mía y me preguntó por qué no aplaudía: "No puedo, yo no puedo. Comunista, no puedo". Hizo las cosas muy bien, pero te queda la cosa de que te hicieron mucho daño y si pueden te lo hacen.

No participé en los cursos de los sindicatos clandestinos. No los conocía. Yo empecé a ir a congresos más tarde. Iba a ir al primer congreso que se celebró dentro de España que iba a ser clandestino. En El Entrego, teníamos que mandar gente. Los hombres tenían más miedo. Yo no sé si era inconsciente o qué pasaba conmigo. No sabían a quién mandar y me mandaron a mí. En casa dije que iba al congreso a Madrid y mi madre decía: "Bueno, ya empezamos otra vez". Justamente dos días antes fue autorizado y ya no fui yo. Fue José Roces. Me dijeron que ya no hacía falta.

Se empezó a notar cambio en la década de los setenta. Te podías mover un poco más. En torno al año 1974 empezamos a movilizar un poco a la mujer que no estaba movilizada. Había compañeros que tenían contacto con la gente de Oviedo. Un compañero empezó a decir que teníamos que comenzar a conocernos y a mezclarnos. Ellos sí estaban movilizados. Teníamos un grupito de mujeres allí. Pura Tomás había venido e hicimos una reunión en mi casa

con ellas y vinieron otras mujeres. Tomamos contacto. Hacíamos reuniones para tomar un café.

Yo vendía productos de cosmética y hacíamos una cosa curiosa. Sobre todo los hombres, siempre te decían: “Vosotras, cuando os vayáis a reunir, cuidado, no vaya a ser que os sigan”. Yo llevaba el maletín de los productos, los poníamos encima de la mesa y hablábamos de lo nuestro, de política. Si por desgracia te había seguido alguien, decíamos que estábamos en una reunión de cosmética. Yo estaba vendiendo. Eso lo hicimos muchísimas veces. Un día fue Pilar Alonso que está ahora de concejal. Era muy chavalina y se acuerda mucho ella porque la mandó Cayo, un compañero de Sotrondio que ya murió, que conectaba mucho con la juventud. La había mandado venir a vernos y siempre comenta ella: “Yo cuando llegué y veo aquella cosmética allí y ellas hablando de política...”. Ella siempre se confundía porque en aquella época se vendía *Avón*, pero yo vendía *Friné* que era una cosmética francesa. Siempre decía ella: “Yo cuando vi que estaban allí en una reunión de *Avón*...” y lo le digo que no se confunda que era de *Friné*.

Cuando murió Franco fue una alegría tremenda. Si no se muere, no sé si lo tendríamos aún. Yo aún no estaba en el hospital. Vendía *Friné*, y enseguida entré a trabajar en el hospital, en mayo de 1976.

El partido y UGT eran una mezcla. Me acuerdo que fuimos a un mitin a Mieres, cuando ya estaba medio permitido y yo salía con el puño en alto, diciendo: “UGT, UGT” y una amiga mía decía: “Tú debes estar algo loca”. Eso de poder salir, ir al primero de mayo, era tremendo.

Fuimos a rendir homenaje a Manuel Llana. Cayó una nevada enorme. Creo que Franco estaba recién muerto, o murió al poco tiempo. Salimos todos aquel día a lo que fuera. Hacía poco que había comprado el coche. Amanece nevando y había que ir a Mieres desde El Entrego, en una carretera muy empinada. Fuimos todos para allá, sin importarnos la nevada. Conmigo iba el compañero, la mujer y una compañera. Íbamos en el coche y recuerdo las palabras de Gaspar: “Tú, tranquilina, como si te hubiesen secuestrado la

carrera". Llegamos a Mieres y la mayoría quedaron por el camino, tirados los coches por la cuneta. Los demás llegaron andando y como pudieron.

Me acuerdo siempre que llegó Gabriel, que era un compañero que vivía enfrente de casa y me preguntó cómo había venido. Le dije que en coche y me decía: "Pero ¿hasta aquí?". Gaspar le dijo que sí, que lo traía yo. Yo le contesté que había llegado hasta allí porque me había secuestrado la carrera, según Gaspar. Él quería decirme que no podía parar.

Aquel día, con aquella nevada, nos plantamos allí todos. Había mucha gente. Los que dejaron el coche tirado en la carretera, cuando volvieron (al volver ya no había nieve) tenían 2000 pesetas de multa. Estaba la Guardia Civil y pensó que íbamos a pagar caro el tema. Gabriel, el compañero que vivía enfrente de casa, tenía 2000 pesetas de multa. Pero lo hacías con esa ilusión tan grande... Yo tengo la foto de la tumba de Manuel Llana aquel día. Era como si resurgieras, como si volvieras a nacer.

Yo era bastante inconsciente. Hubo una huelga y estuvieron encerrados los mineros en la iglesia de El Entrego. El día que ellos tenían previsto salir estaban los del Pozo Barredo encerrados. Venía hasta El Entrego y cuando llegaran, los del Pozo Barredo que estaban en la iglesia, salían. Nosotros estábamos esperando a la gente de El Entrego delante de la iglesia, para cuando salieran, recibirlos, igual que a los del Pozo Barredos.

Estábamos allí, delante de la iglesia. Había una explanada muy grande, con la iglesia en medio. Apareció policía por los dos lados, cubierto con esa careta que se ponían tapando el rostro. En aquella policía armada eran todos muy altos. Aparecen con megáfonos, ordenándonos que nos dispersemos. Y nosotros, tercios. Había varios bares por alrededor. Y estaba repleto de mineros, esperando a que salieran los que estaban encerrados. Lo dicen tres o cuatro veces y, como no nos retiramos, empiezan a cargar a lo bestia. Iban a por los hombres. Deshicieron bares a toletazo limpio. De uno me escabullí porque como soy bastante baja, cuando él estaba dando golpes como un loco a los otros, yo me metí por debajo de él y me escabullí como pude. Pero a él yo

no le interesaba, le interesaban los hombres. Iban como fieras. Los mineros no pudieron salir.

Comenzó la historia poco antes de las 12 h. Ya habían estado dando golpes en Barredos. Los que estábamos allí no sabíamos nada. Acabó a las 8 de la tarde, porque nosotros estábamos tozudos y tercos. A cada poco tiempo, volvíamos a la carga. A eso de las 4 ó las 5 horas, fuimos tres o cuatro y dijimos: “Vamos a sentarnos en un banco porque estando sentadas no nos pueden hacer nada”. Otra vez vino la policía. Quedamos en que nos comportaríamos como si no vinieran, nos quedaríamos quietas. Pero cuando me di cuenta estaba sola en el banco. Fue muy rápido, desaparecieron. Un policía estaba enfrente de mí. Yo pensé rápidamente que si me movía, me pegaría: “Si me pega, que me pegue sentada”. Allí estuvo, mirándome, y yo quieta. Se marchó. Me levanté y encontré a mis compañeras que estaban mirando desde una esquina. Una me dijo que había salido muy valiente y yo le contesté que había pasado más miedo que en mi vida, pero no podía echar a correr.

Nunca fui a Madrid a ningún congreso. Cuando se legalizó UGT, recomparamos las casas del pueblo. Yo ya estaba trabajando en el lavadero del hospital. En las máquinas de lavar estaban los hombres. Cuando llegaba la ropa limpia había que extenderla y separarla para planchar, etc. Al final me pusieron la categoría de planchadora. Luego hice el curso de auxiliar de clínica e hice las prácticas en el hospital. El jefe del lavadero sintió mucho que me marchara, no quería. Yo soy muy trabajadora. Y esto les gusta sobre todo a los jefes. El jefe me dijo que se iba a jubilar Flórez, que era la encargada, y me ofreció ponerme de encargada. Yo le di las gracias, y le dije que no podía aceptar porque a mí me gustaba el trabajo de auxiliar de enfermería y además me debía a mi sindicato y bajo ningún concepto yo sería encargada.

El día que me hicieron la despedida por mi jubilación, me di cuenta de lo que yo había hecho en el hospital. Estaban ciento y pico de personas en la cena de despedida. Cuando vi la cantidad de gente que había y qué tipo de gente –porque había de todo, gente de izquierdas, gente de derechas...- me

quedé sorprendida. Los últimos siete años los trabajé en quimioterapia. El jefe de oncología es del Opus y siempre tuvo conmigo buena relación. La supervisora me decía: “El doctor Lacabe dice que tú eres líder”. Yo estaba metida en todo.

Tres o cuatro días antes de la cena, me llamó un compañero para decirme que tendría una sorpresa. Le pregunté a mi compañera Bela que cuántos seríamos. Yo pensaba que unos veinticinco o treinta, calculando lo justo de oncología. Ella me dijo que por ahí. Me llevaban ella y el marido. Pensé que tendría que ir temprano, antes que los invitados. Fue aquí cerca en un restaurante muy bueno. Estábamos en la entrada y vi llegar al doctor Lacabe que no iba nunca a ninguna cena. Se dirigió a mí a darme un beso y le di las gracias. Me dijo que era un honor para él estar allí. Apareció gente del partido, cómo iba a imaginármelo yo, porque el partido no tenía nada que ver. Había parte de la ejecutiva de la AMSO, y yo no contaba con ellos, y gente de la UGT que tampoco creí que iban a venir. Allí tengo una figura de la casa de la UGT de Oviedo, me la dieron aquel día.

En aquel momento tenía una emoción muy grande y pensé: “Algo hice yo en el hospital para tener esta respuesta”. El comienzo del trabajo de los sindicatos se produjo cuando yo estaba en el lavadero. Y bajaba al hospital y nadie daba señales de vida. Yo no sabía que el jefe del lavadero comulgaba con nuestras ideas. Llega una allí a ciegas, sin saber por dónde empezar. Conocía al gerente porque era el marido de una compañera y sabía que si él no estaba en el partido, la mujer, por lo menos, si estaba. Pero era el único que yo conocía. Yo daba palos de ciego. Enseguida capté que CC.OO. estaba funcionado, muy escondidos pero funcionando.

Cada vez que había una asamblea o una reunión de algo, yo procuraba ir para ver qué estaba pasando hasta que un día, bajé a una reunión y se pone a hablar uno que yo sabía que era de CC.OO. Por su forma de actuar te dabas cuenta y yo ya había captado los hombres –no mujeres- que estaban en el lavadero y eran de CC.OO. Pero no veía a UGT por ninguna parte.

Bajé aquel día y se levantó aquel hombre a hablar, Paulino, que vaya rabia me tenía a mí. Y empieza a hablar de la cuenca minera: “Cualquier día, aparecería por ahí UGT, como está pasando en la minería”. En la minería UGT había estado “dando el callo” desde siempre. El Sindicato Minero había estado siempre allí. Emilio Barbón era el secretario de UGT. Había habido un problema en El Venturo, yo ahora mismo no recuerdo cuál fue el problema, pero como yo estaba tan involucrada con los mineros estaba muy al corriente de todo lo que pasaba. Él empezó a hablar del problema del Pozo Venturo, pero completamente distinto de lo que había ocurrido. “Que si la UGT, que si Emilio Barbón...” Yo pedí la palabra mientras él estaba hablando y cuando él terminó me dieron la palabra. Yo dije: “Oiga, mire, todo lo que usted está diciendo no es así. En el Pozo Venturo ocurrió esto, esto y esto, y Emilio Barbón hizo esto, esto y esto y CC.OO...”. Él entonces negó que era de CC.OO. y yo continué diciendo que sí. “UGT existe y aquí está UGT”. Él no supo hablar más y yo terminé con mi perorata. Me senté otra vez pero quedaron muy desconcertados. No sabían por dónde tirar porque ellos ya llevaban preconcebido lo que tenían que hacer. Al día siguiente iba a haber un acto que no recuerdo cuál era, y había que entregar un panfleto en todos los puestos. Había que subir el panfleto al lavadero. Como yo vivía en El Entrego, por esperar a aquella dichosa reunión que empezó a las seis y pico de la tarde, aún estaba en Oviedo y tenía que ir al Entrego. Yo vi que la cosa se estaba alargando, no acabaron de escribir el panfleto y me di cuenta de que tenían que criticarme y no lo iban a hacer delante de mí. Les pedí por favor que cuando terminasen de redactarlo lo llevaran al lavadero. Me dijeron que sí, muy amables.

Había un médico que estaba en la reunión. Era el que daba la palabra, de medicina interna, el doctor Pina. Me marché, cogí el coche y me fui.

Al día siguiente cogí a una compañera a la entrada de Oviedo. Subía a veces con ella un hijo suyo que trabajaba en Farmacia. Los cogí a los dos. Llegamos arriba. Lo dejé delante del Hospital y cuando le dejo a él, dice ella: “Ayer dejaste a Severo asustado”. Le pregunté por qué. Yo ni sabía que había

estado en la asamblea. Ella me dijo que por la reunión que habíamos tenido. Cuando llegó a casa le dijo: “Ay, mamá, esa mujer que te sube a ti en el coche o es muy valiente o muy inconsciente porque se enfrentó a todos los que había allí. ¿No sabrá que son de CC.OO.?” Yo le dije que sí sabía que Paulino era de CC.OO. Pero a UGT no la veía por ninguna parte. Y ella tampoco sabía.

Pasaron unos dos días y me dice la encargada que me llamaban al teléfono. Me pongo y me dicen: “Belarmina, soy Félix, soy ATS y estoy en extracciones. Necesito hablar contigo y entregarte unos papeles”. Le dije que salía a las dos. “Mira, me esperas a las dos en el lavadero. Yo subo en un Dodge Dart . Le contesté: “Yo voy a estar al lado de mi coche. Es un 133, muy pequeño, pero es rojo y se ve muy bien”. Llegó él y venía muerto de risa con lo del 133. Ya me entregó papeles.

Mi intervención en la asamblea sirvió para que me conocieran y éste se puso en contacto conmigo. A partir de ahí comenzó la gente a afiliarse, hicimos la sección sindical.

Cuando vinieron las primeras elecciones sindicales trabajamos como locos, movilizándolo. Llevábamos una candidatura con lo mejor que había en el hospital. Gente formal. UGT siempre ha llevado gente muy seria. Llevábamos una candidatura que tenía que arrasar, con gente seria, competente, trabajadora.

Llevamos a Nicolás Redondo al salón de actos del hospital. Teníamos el salón a rebosar. Movilizamos a Luis Gómez Llorente. Nunca se me olvidará su faena. Había problemas en el lavadero y teníamos que trabajar de noche. Llegaba su avión y había que ir a buscarle. Yo salí de trabajar a las 7 de la mañana. A las 8 nos juntamos en la UGT. Iba con nosotros otra compañera que llevábamos en la candidatura. Íbamos en el coche de José Manuel Blanco. Íbamos Severo, José, esta compañera y yo. Estábamos llenos de pegatinas de UGT para recibir a Llorente. Él estaba de diputado por Asturias y también Emilio Barbón. Llegó el avión. A las 5 de la tarde teníamos nosotros anunciado el acto en el hospital. Eran las 10 y pico de la mañana. Empiezan a bajar del avión y el último que bajaba era Emilio Barbón, porque estaba con

muletas, y Manolita. Nosotros mirando y no veíamos bajar a nadie más. “Luis no viene”. Nos quitamos las pegatinas, estábamos muy nerviosos. Emilio Barbón nos contó que la noche anterior había cenado con él y habían quedado en el aeropuerto y no apareció.

Aquello fue terrorífico. Llamamos a Madrid, a Oviedo, fuimos al partido. Luis estaba todavía en Madrid. Que no nos preocupáramos, que venía en coche. Unos para arriba, otros para abajo. A las 4 de la tarde estábamos José Manuel Blanco y yo delante del partido, esperando a ver si llegaba. Los otros, arriba. Llegó a las 5 menos cuarto. Se bajó del coche y no lo dejamos que se fuera. Lo metimos en el coche de José. Teníamos el salón de actos a rebosar.

Era emocionante. Yo casi lloraba. Al salón de actos no había por dónde entrar. No cabía nadie, todo el mundo con avidez. Ganamos con mayoría. Cuando llegó el momento yo no sabía si llorar. Este compañero que tenía el Dodge Dart estaba en bioquímica, además de en extracciones. Y allí tenía preparada sidra achampanada para celebrar. Yo tenía que ir hasta El Entrego. Eran las tres de la mañana y estábamos con aquella emoción. Me decían que no me podía ir, que me quedara en su casa. Pero yo tenía tantas ganas de llegar a mi casa y decir a mi madre: “Ganamos las elecciones en el Hospital”. A las tres y pico me marché y les dije: “Bueno, compañeros, si algo ocurre, claveles rojos”. Y dijo Félix, el del Dodge Dart: “Bueno, compañera, si algo ocurre, que sea un guaje”.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba despierta, esperando que le contara. Le dije: “Ay, que ganamos las elecciones con mayoría”. Nunca perdió las elecciones en el hospital. Tengo miedo ahora porque está la cosa más fea.

Hubo polémica con CC.OO. y la pluralidad. CC.OO. se empeñó que desde dentro “se tumbaba”. Ellos estaban en el sindicato amarillo metidos. En el hospital estaban tres. Todavía nosotros no teníamos las cosas muy claras pero ellos seguían allí. En una asamblea, uno de ellos me propuso ir a tirar la puerta del gerente y yo les dije: “Oye, mira, vale. Cuando salgáis de donde estáis metidos, con una protección que tenéis vosotros como sindicalistas amarillos, estáis protegidos –nosotros vamos a cara descubierta-, cuando

salgáis de ahí y vayáis como CC.OO. como nosotros vamos como UGT, expuestos a que nos lleven donde quieran, entonces vamos y tiramos la puerta del gerente. Pero primero salís”. Y salieron. Aquellos tres salieron. Uno de ellos dijo que yo tenía razón.

Me acuerdo de que Severino era el Secretario de USO y pasó a UGT. Después fue muy afín a UGT. También pasó al partido y siempre está allí.

No recuerdo mucho los Pactos de la Moncloa. Estaba yo tan involucrada en la UGT en el hospital que todo eso nos quedaba lejos. Nos llegaban las circulares. Pudimos participar poco en los congresos. Hasta que no empezó a haber horas sindicales, lo poníamos todo. Tuvimos siempre la consigna de no liberar a nadie. No queríamos que nadie nos echara en cara que estábamos allí para no trabajar. Todo lo contrario, nosotros queríamos dar a entender que estábamos allí para defender a los trabajadores, no para lucrarnos. Por eso teníamos la credibilidad que teníamos. Llegábamos a la media hora del bar que teníamos para tomar el café. Nos turnábamos una auxiliar y una enfermera para que siempre estuviese la planta cubierta. Yo bajaba siempre con Bela, éramos muy amigas. Ella era la supervisora. Estábamos en la cafetería, pedíamos el café y empezaban las compañeras a preguntarme. Iba a esa mesa, me llamaban de otras. Yo tomaba siempre el café frío. Bela me decía que esto tenía que acabarse.

Un día se enfadó mucho y yo le dije: “Tú no te das cuenta de que yo me debo a esta gente. Yo estoy aquí porque me votaron. Yo estoy negociando un convenio, sé como van las cosas de la empresa. Lo lógico es que cuando me ven, me llamen y me pregunten. ¿No te das cuenta?”. Pero ella insistía en que no debía tomar el café frío. Le dije que tenía que seguir bajando a la cafetería para que me preguntaran.

Me llamaban antes de las reuniones del comité de empresa para saber si iba a ir a trabajar. Otros representantes de otros sindicatos no iban el día que había reunión del comité. Yo le decía: “Mira, Martín, -que era la que llamaba siempre-, yo voy a venir a trabajar con la condición de que a las 11 h. de la mañana tú tienes que mandar a una auxiliar a esta planta, porque yo no puedo

cargar a mi compañera con el trabajo y si no, no vengo. No vengo y así la tienes que mandar por la mañana”. Me decía que no me preocupara y me preguntaba si iba a volver después de la reunión.

Cuando se produjo el golpe de Estado, aún estaba en el lavadero, en el turno de tarde. A las cinco y algo parábamos las máquinas para merendar. El jefe solía bajar al hospital. A las seis y algo acababan de empezar a funcionar las máquinas. Entró el jefe. Venía pálido y nada más entrar dijo: “Acaba de haber un golpe de Estado”. Le preguntamos que por qué decía eso y nos contó que estaban en la cafetería y oyeron la radio. Empezó un jaleo y música y se cortó todo.

Fue tremendo. Yo me acuerdo que estaba haciendo una dieta porque había engordado mucho. Yo comía la comida pesada. La tarde fue terrorífica. Llegué a casa. Todavía vivía mi hijo. Hacía dos años o año y pico que había muerto mi madre, Ya vivíamos aquí en Oviedo, mi hijo y yo, pero él tenía una cafetería en La Felguera. Llegué a casa y llamé a La Felguera. Le dije: “Marce, ¿tú sabes lo que pasó?”. Le dije que cogiera el coche y viniera enseguida. Me contó que no había nadie por ningún sitio.

Yo me senté a cenar. Yo cogía la comida y preparaba para tres veces. Cogí lo que tenía que comer pero parecía que no había comido nada. Terminé cogiendo el cacharro donde lo tenía y lo comí todo. Tenía una sensación...Una ansiedad.

Sobre las ocho llegaron los compañeros de la sección sindical y me dijeron: “Ya lo quemamos todo”, refiriéndose al fichero. Yo les eché la bronca porque yo no creía que se debía quemar sino esconderlo en algún sitio. Me dijeron que los de CC.OO. que tenían el cuarto de al lado del nuestro había lo habían destruido. Uno dijo tan serio: “No Bela, no se guarda, porque a nosotros nos van a coger porque saben quiénes somos, pero a todos los afiliados que tenemos no hace falta meterlos en este problema”. Hasta cierto punto, tenía razón porque los ficheros se volvieron a rehacer y no pasó nada, pero si los pillaba esa gente...

Yo tuve una angustia toda la noche... Llamé a El Entrego, a casa de una amiga y compañeros. Le dije: "María Luisa, ¿Grabiél dónde está?". Me dijo que se había ido, no sabía para dónde. Yo dije: "A mí me dan ganas de coger el coche y marchar para allí. Si supiera dónde están iba "pa" con ellos". Me contestó: "Calla la boca y quédate ahí, mujer". Le dije: "María Luisa que ahora van a terminar de rellenar el Pozo Funeres, que ahora no quedamos uno, que ya lo verás".

Fue algo horroroso. Yo aquel día estaba trabajando por la tarde porque me había pedido cambio una compañera, pero mi turno era por la mañana. Por la mañana voy por allí y todos pegados a la radio hasta que salieron. Eso fue muy gordo. Vi la democracia ya destruida. Me empecé a serenar cuando salió el rey, pero de todas formas fue muy gordo.

CAPITULO IV: La evolución del socialismo desde el primer triunfo electoral (CINTA 3, min. 08'51'')

El triunfo del PSOE lo viví llorando. Siempre había ido de interventora. En abril de 1982 había muerto mi hijo, faltaba mi padre, faltaba mi madre. Yo ya veía que íbamos a ganar, no sé por qué. Yo participé en toda la campaña. Una ahijada que tenía entonces unos cinco años, quedaba muchas veces conmigo. Un día vinieron el padre y la madre a buscarla y se encontraron con nosotras en la calle Jovellanos. La niña iba llena de pegatinas. Yo iba en el coche para la caravana. Íbamos en caravana para tirar la propaganda, llevaba el coche lleno de pegatinas del PSOE. Cuando vieron los padres a la niña, se quejaron, pero yo les dije "a callar la boca y ésta ya es socialista como la madrina y punto". Y lo es, ya tiene 26 años y es socialista.

Ese día comenté que yo no podía ir de interventora. "Yo no puedo estar un día entero en la mesa con este estado de nervios que yo tengo tan grande. Me tenéis que dejar libre. Yo tengo que estar por ahí, oliendo todo y mirando todo".

Ese día no cogí ni un cargo. Yo veía a la gente ir a votar y pensaba: "Votan todos p'al PSOE". Aquí, en el bar, habían cogido un local muy grande,

había puesto pantallas gigantes y todos los que venían recalaban ahí. La cuenca minera fue la que siempre dio la batalla. Por el oriente y por el occidente no había tanta movida. Los de la cuenca eran los que iban de interventores, de apoderados a esas zonas, y muchos vinieron recalando por Oviedo. Yo estaba ahí y cada vez que llegaba uno, Belarmina lloraba.

Cuando se confirmó el triunfo, yo lloraba como una magdalena. No podía. Estábamos todos por un estilo. Según iban llegando los compañeros que venían de las mesas y entre ellos los compañeros de la UGT del hospital, que estábamos todos en la misma brecha, venían y te abrazaban de aquella manera...Fue tremendo. Yo salí a llamar por teléfono a mi tío que vive en Gijón y entonces vivía en Riaño. Le decía: "Ay, Marino" y todos llorábamos. Al día siguiente por la mañana cuando salí para ir a trabajar, veía más luz el día era más luminoso. El día de las elecciones también hizo sol.

Yo lloraba porque me faltaban las tres personas que no lo habían visto y lloraba porque a mi partido le caía una gran responsabilidad. Yo lo tenía todo. Le decía a mi tío: "Ay, Marino, qué responsabilidad tan grande nos cayó ahora, ay, que tenemos que dar la talla". Y venga a llorar.

Costó asimilar el referéndum de la OTAN, fuimos tragando cambios.

En el inicio de la concertación social se fueron poniendo las bases para muchas cosas. Que no me hable nadie mal de Felipe González. Habrá tenido fallos, no lo discuto. Es un ser humano y todos tenemos fallos, pero quien puso a funcionar a España fue Felipe. Cómo la cogió y cómo la dejó. Eso tienes que estarlo repitiendo a compañeros, que lo tenga que decir uno a los de la calle que no se enteran..., pero a compañeros que me tienen muy criticado a Felipe... Hay que mirar lo bueno que hizo. Tuvo fallos y los últimos fueron gordos porque ese hombre confió demasiado en mucha gente. Pecó un poco de inocente.

Me acuerdo que en una campaña se descubrió no se qué historia. Yo estaba delante de Salesas en una mesa repartiendo propaganda y pasaba la gente y nos llamaron chorizos. Y había que tragarlo. Me acuerdo cuando el tocomocho, no sé qué demonios le pasó a Vigil aquí, no sé qué negociación

tuvo con una empresa que le tendieron una trampa. Él no perdió dinero, no se involucró en dinero porque se dio cuenta. Pero fue importante y al día siguiente venía Felipe aquí a dar un mitin en una campaña electoral. Lo tenemos pasado muy mal porque separar a la UGT del PSOE fue muy duro para mí.

Hubo una huelga que montó el Sindicato Minero y yo me acuerdo que donde yo vivía antes, más hacia el centro, hacia donde está RENFE, viniendo hacia acá se domina la calle Asturias que es por donde bajaban las manifestaciones. Estaba conmigo esta ahijada mía, que tendría 9 ó 10 años. Yo había trabajado por la mañana y por la tarde fui a ver lo que pasaba. Ver bajar todas las banderas de UGT criticando al Gobierno, soltando petardos me hacía temblar como una vara verde y lloraba como una magdalena. La cría estaba a mi lado y me preguntaba por qué lloraba y yo decía: “¿Cómo no voy a llorar, si veo a mi sindicato y a mi partido ahora enemistados de esta manera, en contra del gobierno”.

Yo no apoyé la huelga de 1988. Fue muy duro para mí. Cuando me dieron este homenaje y tuve que ir a Gijón, yo no sabía que me habían concedido el premio. Me dijeron tienes que ir a Gijón y tienes que hablar. Dije que no, pero una compañera que era la que había promovido todo insistió en que tenía que ir. Estaba el secretario. “Tienes que ir, Belarmina”, pero no me decía que estaba concedido el premio. Me lo iban a decir ya cuando estuviese en el salón, pero la compañera de la ejecutiva de igualdad me llamó aparte y me dijo: “Convinimos entre todos no decirte nada hasta que se diga ahí, pero tengo miedo de que te vaya a impresionar mucho: te concedieron el premio”. Le dije que menos mal que me lo había dicho porque si no, me podía haber desmayado. Me emocioné.

Ese día, cuando hablé sobre la trayectoria que había seguido, me salió del alma. Había gente de UGT y del partido y dije: “La UGT y el partido se separaron, pero para mí, aquí dentro, están juntos y nunca se van a separar”. No tuve problemas por no apoyar a los compañeros de UGT. Yo creo que a la gente que estábamos en el hospital nos respetaban mucho aquí en la UGT porque estaban viendo cómo funcionábamos, que íbamos a nuestro ritmo y que

cuando había que decir algo, lo decíamos. Nosotros también fuimos a la huelga. Yo, megáfono en mano, delante del palacio regional y siendo un compañero mío presidente, era tan gordo lo que nos estaban haciendo en el hospital que dije: “Pedro, acuérdate del pueblo que te puso ahí, acuérdate de lo que hicieron por ti y de lo que hicimos por ti. Pedro, te lo está diciendo una socialista”. No me acuerdo ahora qué años tenía, pero dije hasta los años que tenía por el megáfono, mira cómo estaría de desarmada. Al final vino una compañera y me dijo que tenía a los médicos un poco preocupados. El de medicina interna pensaba que iba a tener que ingresarme y Padrón, el de “cardio”, le decía que no sabía si sería suya.

Había momentos en que el Gobierno no estaba haciéndolo bien. Tengo el corazón muy dividido. En las estanterías de mi casa tengo fotos de Felipe, de Zapatero, de Pablo Iglesias y de Manuel Llaneza. Yo tengo un Pablo Iglesias arriba en el hospital. Lo voy a reclamar porque el otro día entré en el cuartín, miré y no lo vi. Andaban apurados por las elecciones pero la próxima vez que suba les voy a decir que me den a Pablo Iglesias, porque para tenerlo ahí tirado en un rincón, es mejor que me lo den a mí.

Una de las elecciones que hubo llevé a Manuel Llaneza y lo tenía allí. Llegó Avelino Pérez y me dijo: “¿Qué pinta aquí Manuel Llaneza” y yo le contesté que es un gran sindicalista y que está ahí para ver si copiamos algo de él o se nos pega algo.

Cándido Méndez me gusta también, pero yo también comulgaba mucho con Nicolás Redondo, aunque después parece que nos dio un poco de lado a los sindicalistas.

La crisis de la cooperativa PSV la llevamos muy mal. Hace unos dos años hicieron una cooperativa en Gijón de la UGT. Me encontré en el ascensor con Valentín, un compañero de toda la vida. Le dije que casi no le veía y me contestó que era porque estaba liado en la cooperativa. Fue cuando me enteré que tenían otra cooperativa de viviendas. Le dije: “¡Ay, Valentín, por favor te lo pido, ¿no nos meterán en otra? De ésta vamos a desaparecer”. Yo lo pasé fatal. Fue muy duro.

Cuando ganó el PP fue muy duro. No hubo movimientos sindicales especiales. Estando el PSOE todo eran huelgas. Cuando estaba el PP no se hacían huelgas. Eso a mí no me entra en la cabeza. No lo entiendo. Nada más se pone a gobernar el PSOE, todos encima como lobos y a la calle, en manifestaciones y en huelgas. El PP hizo todo lo que le dio la gana y los sindicatos no se movieron.

Yo me jubilé en el año 2000. Mi actividad sindical no ha disminuido. Yo creía que me jubilaba y ya acababa, pero tengo una actividad enorme. Además, llevo al hospital y es como si estuviera en activo. Voy a ver a mis compañeros, charlamos mucho porque somos muy afines. Toda la planta entera estaba afiliada a la UGT, ahora, no. Ha disminuido la afiliación.

A mí me llaman a veces por teléfono y me dicen: “Bela, te voy a dar un disgusto, pero me voy a dar de baja de UGT”. Yo les digo que si se van a dar de baja, en lugar de pedir que no les descuenten, hay que ir a la UGT y decir las causas por la que se dan de baja. Es porque lo que había quedado allí dejaba mucho que desear porque “iban por lo de ellos”.

Tenía otro compañero que se jubiló unos dos años antes que yo por enfermedad. Lo quieren en el hospital un montón. Su despedida fue impresionante. Si mi despedida fue mucho, la de Granda fue más. Lo quiere todo el mundo con locura. Él tiene una esclerosis múltiple y tiene que ir a buscar el tratamiento a la farmacia del hospital, no se lo pueden dar en otra farmacia porque cuesta un millón de pesetas mensuales, pero es lo que le está frenando que no haya brotes y que no se quede en una silla de ruedas. Me llamó y me dijo: “Bela, yo voy a tener que dejar de ir al hospital. La gente me acosa. Dicen qué impresentables dejasteis, están sólo por lo de ellos”. Yo le contesto que a mí también me lo dicen por teléfono. Quedamos en ir a hablar con la UGT de Sanidad un día.

Fuimos un lunes por la mañana. Cuando llegamos aún no habían abierto. Había dos o tres esperando. Llegó el secretario y le dijimos que veníamos a verlos. Vamos a charlar un poco. Entramos y le dije: “¿Sabes por qué estamos aquí Granda y yo? Porque a mí no me dejan de llamar al teléfono

y a Granda lo acosan en el hospital por los impresentables que dejamos allí. ¿Vosotros no os dais cuenta de que hay bajas en el hospital de UGT? ¿No lo miráis?”. Él seguía callado. “Si no os dais cuenta, malo, y si os dais cuenta y no preguntáis, peor, porque hay que saber por qué la gente se está dando de baja masivamente cuando en el hospital UGT ganaba siempre las elecciones”. Nos dijeron que los llamarían y los pondrían al orden. Los llamaron y el resultado fue que aquellas compañeras dejaron de hablar con Granda y con Belarmina y ellos siguen igual.

El otro día, fui yo a llevar un alta a Sanidad de una compañera que también se jubiló y como vive en Gijón no nos veíamos. La vi hace poco en Gijón y me dijo: “Oye, a mí la UGT me dio de baja”. Le contesté que le dieron de baja porque no dio el número de cuenta del banco. Al no haber nómina de la que descontar el dinero, te dan de baja. Le pregunté si quería seguir en la UGT y me dijo que sí. Me fui a hacer la ficha yo y la llevé a Sanidad. Conocí al secretario nuevo. Entré y estaba él –yo no sabía que estaba el secretario-, otra chica y otro que conozco de siempre del hospital. Entro, saludo, y digo que venía a traer un alta. Se presentó el secretario y me dijo que estaba muy bien que trajera altas. Le contesté que esta alta no tenía que haberla traído si no la hubieran dado de baja y le dije: “Y ahora, ya que eres el secretario, te voy a decir una cosa, a ver si contigo hace efecto. Te voy a decir que pongáis a trabajar a la gente que tenéis en los centros a cargo de la sección sindical y a los comités de empresa. Ponerlos a trabajar para el sindicato, para sus compañeros y no para ellos porque esta alta viene por eso, y como ésta, cantidad de gente que se jubiló y no se habló con ella”. Me contestó: “En esas estamos”. Yo le dije que a ver si era verdad porque me temía mucho que las próximas elecciones no sabía cómo iban a salir. El del otro hospital que estaba allí dijo: “Está la cosa fea” y yo le contesté que estaba, pero que había que analizar quién la había buscado. Tú tienes que trabajar para el sindicato, no puedes trabajar para ti. O eres sindicalista o no lo eres.

A mí la política actual me parece buena. Todas estas leyes que está haciendo Zapatero son muy buenas. Por ejemplo, la Ley de la Dependencia, en

la que nosotros trabajamos un montón. Él se comprometió. La ejecutiva en Madrid fue a hablar con el partido cuando estaban a punto de ser las elecciones. Les dijeron: “Tenemos esto elaborado, si lo metéis en el programa y os comprometéis a llevarlo adelante si ganáis las elecciones, tenéis todo nuestro apoyo”. Quince días antes de las elecciones nos citó a todos en Madrid, en un cine, no me acuerdo en qué zona de Madrid. Zapatero se comprometió a que si ganaba las elecciones sacaba la ley. La sacó. En el congreso al que fui hace año y pico en Madrid, el día de la clausura llegó un telegrama de Zapatero. Había estado uno de la ejecutiva el día que se inauguró el congreso y ya nos dio mucho ánimo. Habló muy bien y ya nos gustó el plan. Pero luego llegó el telegrama de él, felicitándonos por la buena marcha del congreso y avisándonos de que dentro de unos días tendríamos una gran alegría. Aquella misma semana se presentó en el Congreso de los diputados la Ley de la dependencia. Y después las otras leyes. Él está haciendo unas leyes sociales que son el partido socialista. El problema que tenemos es que hay tanto ruido que la gente ni se entera. Tienes que estar todo el día recordándolo. Yo tengo muy buena impresión de lo que está haciendo el presidente. Tiene sus “cosinas” pero tampoco es dios. ¡Lo que se está tragando! ¡Lo que se está aguantando! Si no fuera porque es mía, esa televisión ya la habría roto.

En mi vida privada repercutió mucho mi vida sindical y política porque yo me entregué muy de lleno, sobre todo cuando faltó mi madre y mi hijo. Si yo antes estaba involucrada, ahí lo hice más y más. Y mi vida personal se quedó al margen. Hay compañeras y amigas que me preguntan cuándo vivo, cuándo voy a vivir yo. A veces me lo pregunto yo. Cuando ando muy acelerada me pregunto cuándo me voy a jubilar realmente. Hay veces que estoy un poco cansada. Son 72 años. Pero al mismo tiempo esa ilusión te da vida. Eso muere conmigo. Yo no sé si moriré tan deprisa como murió mi padre o como mi madre que murió en ocho días. Él fue de repente. Hasta el último suspiro lo mío va a ser UGT y el PSOE.

En todas las mejoras que se van conquistando ha participado UGT. Ha estado ahí desde un principio. ¿Cómo me quieren separar UGT y el PSOE si la

misma persona los fundó? ¿Cómo los vamos a separar? Están las mismas ideas ahí. Lo que me duele es que no haya esa mira de ideas puras y limpias por la que te entregas a los demás. No es justo que vayas por un puesto, a coger un sillón y que para echarte de ahí te tengan que poner dinamita debajo. Y que apuñales al que tienes a tu lado. Eso es lo que me duele a mí de mi partido y en el sindicato, un poco. En el sindicato hay ahora un poco de tejemaneje que no se ve. Hay tanto empleado en la UGT que pienso cómo fue posible que nos arregláramos los demás que no teníamos nada, pero que lo poco que tenías lo ponías. Me acuerdo cuando las elecciones. Estábamos en unos cuartucos de nada. Bajábamos de arriba corriendo a buscar las cosas de las elecciones. Recuerdo que un día bajaba un compañero con su coche y yo iba a su lado porque no había donde aparcar y yo entraba corriendo a meterlo todo en el coche. Íbamos todos acelerados. Y cuando subíamos, que estábamos un poco más tranquilos me dice él: “Oye, Belarmina, yo sé conducir ¿eh?”. Parece ser que era porque yo iba frenando. Íbamos tan acelerados que cuando llegábamos a un semáforo, por lo visto, yo frenaba.

Fueron momentos en los que no teníamos nada, pero había una gran unión entre todos. Era como si fuésemos hermanos. Yo estuve encerrada con ellos cuatro días. Era yo la única mujer y no había ningún problema. A mí no se me ocurría pensar que nadie iba a pensar mal porque yo estaba allí con aquellos compañeros encerrada. Eso no se me pasaba a mí por la cabeza. Había un compañerismo muy grande.

Cuando murió mi madre, estaban allí todos. Cuando murió mi hijo, allí estaban todos los compañeros. Pasaba algo a otro, tenía un crío ingresado un compañero, y todos estábamos allí. La mujer de un compañero que tenía el niño ingresado –y todos estábamos allí volcados- dijo un día al marido que nos parecíamos a los gitanos, que cuando tienen a alguien ingresado en el hospital llega la tribu entera.

Ahora mismo, con el tiempo que llevamos jubilados –yo llevo siete años, Granda debe de llevar nueve, Vicente Sáez unos ocho años-, nos llamamos continuamente. Vicente me pregunta por Granda. Se operó de un pecho la

mujer de Granda y con los años que pasaron, ahí estuvimos los de aquella época, como si fuésemos familia. Eso no se olvida nunca.

No sé cómo será el futuro. Se me escapa. Mi trayectoria mereció la pena. ¿Cómo no va a merecer la pena con el ejemplo que yo tuve, con este padre y con esta madre que lo dieron todo? Yo sería traidora con ellos.

El entierro de mi padre fue algo impresionante. Yo creo que llegó gente de no se sabe dónde. Avelino Pérez y Herminio estaban presos en Oviedo cuando murió mi padre. Y todavía lo contaba hace quince días que estuvimos hablando con más gente: “Cuando llegó la noticia de que había muerto Vicente, nos echamos todos las manos a la cabeza”. Herminio dijo: “¡Ay, que se hunde todo!”. Avelino decía que aún quedaba Pepe Llagos, pero Herminio le contestaba que Pepe Llagos sacaba el dinero debajo de las piedras, pero el que organizaba era mi padre. Yo lo vi continuamente. Él murió en el año 1961 y todavía se le recuerda en toda aquella zona.

Un día que fuimos este año con otros primos míos, porque como yo soy la mayor, les dije que tenía que venir un día conmigo para que yo les dijese dónde están las fincas. Me voy a morir y ahí se va a quedar todo. Fuimos y era el tiempo de las castañas. Estuvimos cogiendo castañas en un castañar y yo oí hablar a uno entre los árboles. No nos veíamos, pero yo lo había conocido el habla y le llamé: “¿Florín!”. El me preguntó quién era. Le dije que Belarmina. Y él me dijo: “¡La de Vicente!